



LO CLÁSICO, INTEGRADOR POR EXCELENCIA

Giuseppina Grammatico Amari

No es posible comenzar una conversación acerca de la "integración lingüística" sin preguntarse qué significa para nosotros el término "integración". Evidentemente se trata del acto de "integrar", o sea, de "componer, constituir, formar un todo o un conjunto con partes diversas", o al menos, "contribuir a formar ese todo o ese conjunto". La palabra, sin embargo, tuvo originariamente un sentido mucho más rico. La *integratio* latina era "reintegración, restablecimiento, renovación", y el prefijo *re* indica claramente una vuelta a lo originario, que intensifica y concentra la acción. Eso originario era "lo íntegro, entero, intacto, pleno, fresco, sano y lozano", y el *integrare* podía significar el acto de "completar", en cierto modo, "recreando y renovando", "con probidad y propiedad", esa totalidad y entereza originaria. Así el *integrator* restauraba lo que aún no había sido tocado ni contaminado ni manipulado ni disminuido, y lo hacía revivir. Tratándose de una integración lingüística, esas partes a las que aludíamos son las diversas lenguas que se hablan o en algún momento se hablaron en el mundo. No sé si es posible hablar de un todo lingüístico, sí sé que hay lenguas especialmente "integradoras". En el mundo occidental éstas son, sin lugar a dudas, las clásicas.

¿Por qué las clásicas? me preguntarán. Es simple: porque lo clásico es en sí integrador.

Lo es porque en el tiempo en que floreció, y aún no se le llamaba clásico sino greco-romano, no había nacido la parcelación de los saberes y todos ellos confluían naturalmente en una totalidad que tenía su centro en el lenguaje.

Porque ese lenguaje no era sólo instrumento de comunicación, era prístino y fundante, instaurador de realidades de todo orden.

Porque la transmisión del saber, ya sea intuitivo o racional, a través del lenguaje, era sentida como necesidad y vocación; como llamado que, viniendo desde lo alto, había de desplegarse inevitablemente en línea horizontal, involucrando el mundo de los dioses y el de los hombres, vistos como un todo.

Porque cada saber, y por ende cada lenguaje, correspondía a una experiencia vital diversa, de un ser uno, vivo, consciente de su incardinación en un espacio-tiempo particular y cambiante, pero a la vez ubicado en un punto del eje, invisible pero real, que atravesaba el universo como un todo.

Ese eje coliga, y a la vez deslinda, el siempre y el ahora, lo infinito y lo finito; y el hombre se siente partícipe de uno y otro, constituyéndose en punto de referencia de ambos por la lúcida conciencia de su existir. La palabra mítica es su patrimonio y condensa un pasado anclado en el reino del origen absoluto; lo instala en la memoria y transforma en poesía la vida remota. La palabra trágica desnuda su alma y ve en esa desnudez, encarnada en lo humano, una contradicción intrínseca propia de lo existente a partir de su consciente separarse y descolgarse de lo absoluto. La palabra lírica, estrechamente unida con la trágica, siente su fusión de tal forma que la voz de lo uno y la del todo le parecen como una resonancia una de la otra, momentos diversos de una misma "pasión del ser". Y la historia es política, es oratoria, es relato y sátira, es culto y estrategia, es arte y ciencia; y todo es uno porque ese uno es principio y cimiento de lo múltiple: es *arkhé* absoluta.

Hoy los lenguajes se nos sobreponen: no basta familiarizarse con uno o dos, los necesitamos todos, y todos a la vez; necesitamos, para entender una cosa, hacer la experiencia de la totalidad que ella es, del contexto en que está ubicada, de las vibraciones que produce en su derredor. Por insignificante y particular que aparezca, en efecto, ella nace de una experiencia y es experiencia ella misma. La educación dará un vuelco sólo cuando logremos desprendernos de la costumbre de desmenuzar el saber en parcelas desligadas unas de las otras. Deberíamos puntar sobre una sola, pero una que pudiera integrar todas las demás.

Si decidimos que esa una es la Historia, nuestros planes de estudio se articularán en épocas, la antigua, la medieval, la moderna, la contemporánea. Por cada una estarán al alcance todos los textos: desde la historia y sus documentos se impondrá la necesidad de conocer las lenguas, las letras, las artes, la religión, la filosofía, la ciencia, el mito, la economía y todo aquello que configura aquella determinada época. Habrá un núcleo de conocimientos básicos comunes, que, una vez asimilado, abrirá las puertas a una vasta gama de posibilidades. Cada alumno escogerá libremente qué profundizar, y avanzará por módulos, de los más simples a los más complejos, horizontal o verticalmente, o de manera alternada. Los resultados podrían ser sorprendentes.

Esto que parece posible realizar a nivel de disciplinas, ¿puede también hacerse con las lenguas? ¿Con todas ellas? ¿Con algunas? ¿Con cuáles? ¿Y cómo debería procederse? Trataré de contestar a estas interrogantes. Pienso que puede y debe hacerse. Si no con todas, al menos con aquéllas que proceden de un mismo tronco, que parten, precisamente, de las raíces comunes. En nuestro país, la base greco-latina que viene del tronco indoeuropeo y nos ha sido legada por la lengua de la Madrepatria, resulta indispensable. Ella instala en nuestra mente modelos fonéticos, léxicos, morfológicos, sintácticos que, por continuidad o por ruptura, encontramos presentes en la lengua que hablamos y en otras afines.

Los métodos de clasificación pueden ser el genealógico y el geográfico, basados respectivamente sobre el parentesco lingüístico y la contigüidad, o el tipológico, basado sobre la existencia de principios comunes que están en la base de todas las lenguas, independientemente de ese parentesco y esa contigüidad en el espacio o en el tiempo (isomorfismo). Puede también tenerse presente el aspecto gramatical, o sea las reglas de construcción; el fonemático que se basa sobre el principio de implicación, o el semántico que analiza el modo en que las lenguas organizan y expresan la realidad. Así, deberíamos tender hacia un buen conocimiento de las lenguas itálicas (por ejemplo, italiano, francés, español y portugués) por la cepa latina, y de las germánicas y eslavas (alemán, inglés, ruso, griego moderno) por la cepa griega.

Lo importante, en cada caso, sería destacar lo común. Lo común en la lengua a menudo es también lo común en la cultura. El lenguaje instaura formas de vida y cánones de conocimiento en que es posible reconocerse en cada etapa de la evolución, y desde allí debiera ser relativamente fácil entender las mutaciones. Una comparación global de familias léxicas o lingüísticas, de giros idiomáticos, de signos, sonidos o estructuras, junto con la análoga comparación de contenidos culturales, valores y conductas que han permanecido iguales o semejantes, o que, si se han perdidos, siguen añorándose, podría ser útil y motivadora. Las palabras, en efecto, fundan cierta visión de mundo, encarnan determinadas realidades interiores, imponen modos de comportamiento que suelen, todos ellos, generar culturas afines, las que a su vez originan formas de expresión igualmente afines.

Si las bases puestas por las lenguas clásicas son firmes y orgánicamente asimiladas, y la lengua materna resulta correctamente aprehendida y aplicada, deberíamos poder crecer sin esfuerzo, en nuestros años de enseñanza básica y media, con al menos otras dos lenguas de la misma cepa; y poder familiarizarnos en nuestro paso por la Universidad, con una o dos más. La circulación de ediciones bilingües y de periódicos y revistas en las lenguas más habladas, la TV cable, los videos, la Internet, ayudarán a derribar fronteras y nos permitirán incorporar un caudal de ideas, sentimientos, pensamientos, que enriquecerá enormemente nuestro pequeño bagaje de experiencias personales, haciéndonos más maduros y más humanos. Heredaremos modelos y estructuras y junto con ellos la precisión que distingue y define, la tradición que identifica, con sus ajustes y desajustes propios de todo lo que crece, cambia, vive; el todo canalizado en el hombre, y éste colgado del dios y realizado en la palabra integradora de mundos.